

Iván Turguéniev

*Relatos fantásticos*

Selección, traducción

y prefacio de Luisa Borovsky

Prefacio	9
Clara Milich	13
(Después de la muerte)	
Espectros (Una fantasía)	87
El sueño	129
Tres encuentros	155
El relato del padre Alexéi	195
El perro	215
Fausto	237
(Relato en nueve cartas)	
La canción del amor	295
triunfante (MDXLII)	
Toc, toc, toc	325
(Un estudio)	

## Prefacio

Iván Turguénev, maestro indiscutible del verbo elegante, amigo de Flaubert y Maupassant, contemporáneo de Gógol, Dostoievski y Tolstói, es sin duda uno de los más notables autores de la fecunda literatura rusa del siglo XIX.

La obra de Turguénev se desarrolla en un periodo impregnado por el debate sobre grandes temas políticos y sociales –la autocracia, la servidumbre, el rol de las clases ilustradas, el nihilismo, la polémica entre esclavófilos y occidentalistas– y no es ajena a los avatares del momento. Si en sus primeros escritos rinde tributo al romanticismo –se percibe la influencia de Lérmontov en el contenido, de Pushkin en la forma–, más tarde el realismo gana terreno, enfocándose en dos protagonistas centrales de la época: el campesino y el hombre superfluo, perfiles que el autor conoce de cerca por haber pasado sus primeros años en la finca familiar y por ser condiscípulo de esa elite ilustrada pero inconstante y complaciente cuando se trata de actuar para conseguir las reformas que predica. Así, en títulos como *Relatos de un cazador* y *Padres e hijos* denuncia las deplorables condiciones en que viven los siervos y pone en evidencia la dudosa ética del intelectual liberal, sensible pero débil de carácter.

Sin embargo, como señala Vladímir Soloviov, y más tarde Roger Caillois y Tzvetan Todorov, el siglo XIX –cuando el triunfo de la lógica científica no admite la existencia

de fenómenos no explicables– es también un periodo de auge de la literatura fantástica. Tal vez, porque el concepto de fantástico se define precisamente a partir de su relación con lo real: lo fantástico es el desconcierto, la duda, la brecha que en un mundo estructurado a partir de las leyes naturales crea un acontecimiento en apariencia sobrenatural, que obedece a leyes desconocidas. Es aquello que evoca asociaciones ancestrales, fuerzas irreconciliables, nocturnas, demoníacas, que cuestionan el positivismo decimonónico, y en la literatura, toman por asalto las verdades de la novela realista. No es extraño entonces que Turguéniev, reconocido por su racionalismo “occidental” y a la vez, como dijera Maupassant, “estimado (...) por su candidez, siempre bondadoso y siempre un poco sorprendido”, escribiera cuentos fantásticos.

Mientras la ciencia, la filosofía, la actividad del intelecto crean nihilistas, el autor se siente atraído por comprender las manifestaciones de una naturaleza que el hombre todavía no ha aprendido a dominar. Entre hamlets y quijotes Iván Turguéniev no elige a los escépticos. Busca refugio entonces en temas siempre presentes en el folclore ruso: los espectros condenados a un eterno deambular; la muerte personificada que aparece entre los vivos y los vivos signados por la muerte; el alma en pena que para descansar en paz exige el cumplimiento de cierta acción; los seres poseídos por el demonio; el ente invisible o indefinible que está presente, mata o hace daño; la mujer fantasma, venida del más allá, seductora y letal; la inversión de los ámbitos del sueño y la realidad, la pesadilla que se materializa e inspira horror.

La voz que narra –como el mismo autor, sabia, amorosa, observadora– evalúa la trama, pone en duda la naturaleza incierta de los hechos que relata o sencillamente los juzga a partir del miedo, la sorpresa o la angustia que provoca ese acontecimiento insólito que irrumpe en la realidad cotidiana. Al hacerlo, como en toda su obra, Turguéniev se pregunta sobre la naturaleza humana, sus limitaciones y miserias, su capacidad de elevación y trascendencia. Y una vez más nos habla de esas cosas que le producen una fascinación lindante con lo fantástico: la belleza femenina, la música, y en particular, el canto, los libros inolvidables; los amados paisajes de su tierra, el irresistible encanto de Italia, el “alma” del pueblo ruso.

En los nueve relatos que integran esta selección Turguéniev logra con destreza esa condición que Todorov considera inherente al género fantástico: los personajes no solo se desconciertan, dudan, se preguntan si aquello que viven en realidad sucede, o bien es producto del sueño o la imaginación; también contagian esa duda a quien lee. Se crea así una poderosa sugestión, se genera la ambigüedad necesaria para que el lector sienta que los protagonistas y su mundo son tan reales como él mismo, para que vacile entre la fe y la incredulidad, entre una explicación natural o sobrenatural de los hechos evocados; para que, concluido el relato, el enigma siga latente y la emoción perdure.

Las obras reunidas en este libro, si no inéditas, han sido hasta ahora difícilmente accesibles para los lectores de habla hispana. A lo largo de sus páginas muchos de ellos tendrán la oportunidad de descubrir con asombro en Iván Turguéniev, uno de los grandes nombres del realismo

ruso, a un escritor de relatos fantásticos. Sin duda, como en todos los géneros que ha abordado, también en este reconocerán su pluma magistral.

L. B.

## Clara Milich

### Después de la muerte

#### I

En la primavera de 1878 vivía en Moscú, en una pequeña casa de la calle Shábolovka, un joven de veinticinco años llamado Iákov Arátov. Con él vivía su tía, Platonida Ivánovna, solterona de cincuenta y tantos años, hermana de su padre. Ella administraba la economía doméstica y los gastos de su sobrino, algo para lo cual él era completamente incapaz. Arátov no tenía otros familiares. Algunos años atrás su padre, un modesto hidalguillo de la provincia de T..., se había mudado a Moscú con él y con Platonida Ivánovna, a quien siempre llamaba Platoshka, por lo cual el sobrino también así le decía.

El anciano Arátov había abandonado el campo –donde siempre había vivido– y se había establecido en la capital con el objetivo de que su hijo ingresara en la universidad, para lo cual él mismo lo había instruido. Había comprado por poco dinero una casita en una calle alejada y se había instalado allí con todos sus libros y “preparados”. Y de ambos tenía muchos, pues era persona no carente de conocimiento, “extravagante por naturaleza”, según los dichos de los vecinos. Entre ellos tenía incluso fama de nigromante, y le habían dado el mote de “observador de insectos”. Era estudioso de la química, la mineralogía, la entomología,

la botánica y la medicina. Curaba a pacientes voluntarios con hierbas y polvos metálicos de su propia invención, de acuerdo con el método de Paracelso. Con esos mismos polvos metálicos había llevado a la tumba a su joven, bella, pero demasiado delgada esposa, la mujer a quien amaba con pasión, la que le había dado su único hijo. Y con esos mismos polvos metálicos en cierta medida había arruinado también la salud del hijo, aun cuando deseaba fortalecerla por haber encontrado en su organismo anemia y propensión a la tuberculosis, heredadas de la madre.

Su fama de nigromante provenía, entre otras cosas, de que se consideraba bisnieto –no en línea directa, claro– del famoso Bruce, en honor al cual había llamado Iákov a su hijo. Podría decirse que se trataba de una persona “de la mayor bondad” pero de carácter melancólico, perezoso, retraído, proclive a todo lo oculto, lo místico. Un “¡ah!” casi susurrado era su habitual exclamación. Con ella en la boca murió, dos años después de la mudanza a Moscú.

Su hijo Iákov no se parecía exteriormente a su padre, feo, desmañado y torpe. Más bien recordaba a su madre. Las mismas finas, graciosas facciones, los mismos cabellos suaves de color ceniza, la misma nariz pequeña con una ligera curva, los mismos labios abultados y los mismos ojos, grandes, lánguidos, de color gris verdoso, con pestañas sedosas. Pero en el carácter se parecía a su padre y aun en el rostro llevaba la marca de la expresión paterna, al igual que en las manos nudosas y el pecho hundido, como el del anciano Arátov, quien por otra parte a duras penas mereció el calificativo de anciano, puesto que no había llegado a los cincuenta años.

Iákov había ingresado en la universidad –en la facultad de física y matemática– cuando su padre aún vivía. Sin embargo, no había terminado el curso, no por holgazán sino porque, según sus concepciones, en la universidad no se llega a saber más de lo que se puede aprender estudiando en casa. Y por el diploma no se preocupaba, puesto que no se proponía hacer carrera en el Estado. El joven no se relacionaba con sus compañeros, no conocía casi a nadie y vivía en soledad, sumergido en sus libros. En especial, se alejaba de las mujeres, aunque tenía un corazón muy tierno y lo cautivaba la belleza. Había conseguido un lujoso álbum inglés y (¡vergonzoso!) se regodeaba con las imágenes de las deslumbrantes Gulnaras y Medoras que lo decoraban. Pero constantemente lo dominaba un pudor innato.

En la casa, Arátov ocupaba el antiguo gabinete de su padre, que usaba también como dormitorio; la cama era la misma en la que había muerto su progenitor.

Su tía, camarada y amiga fiel, era el gran sostén de toda su existencia. Aquella Platosha –con quien él apenas hablaba diez palabras al día, pero sin la cual no podía dar un paso– era una criatura de cara y dientes largos, ojos pálidos en un pálido rostro y una inmutable expresión, mezcla de tristeza y temerosa preocupación. Eternamente ataviada con un vestido y un chal de color gris que olían a alcanfor, se movía por la casa como una sombra, con pasos silenciosos. Suspiraba, murmuraba plegarias –en especial una que adoraba, que consistía en dos palabras en total: “¡Dios, ayuda!”–, y con gran sensatez administraba la economía de la casa, cuidaba cada centavo y hacía ella misma todas las compras. Tenía devoción por su sobrino y una constante

preocupación por su salud; y si de todo temía no era por sí misma sino por él. A menudo, apenas le parecía que algo andaba mal, se acercaba y le dejaba en el escritorio una taza de té medicinal o le pasaba por la espalda sus manos suaves como algodón.

Esas actitudes solícitas no molestaban a Iákov. El té medicinal, sin embargo, no lo tomaba; se limitaba a asentir con la cabeza. Por otra parte, de su salud no podía jactarse. Era muy impresionable, nervioso, aprensivo, tenía palpitations, a veces se sofocaba. Como su padre, creía que existen en la naturaleza y en el alma humana secretos que a veces es posible vislumbrar, pero no es posible comprender. Creía en la presencia de ciertas fuerzas y espíritus, a veces benévolos pero con más frecuencia hostiles. Y creía también en la ciencia, en la dignidad e importancia de esta. En los últimos tiempos se había aficionado con pasión a la fotografía. El olor de los compuestos que se utilizaban para el revelado inquietaban mucho a la tía –otra vez, no por ella, sino por él, por su pecho–, pero en el tierno carácter de Iákov no faltaba tenacidad y perseveraba en esa actividad que tanto le agradaba. Platosha se resignó. Solo suspiraba más que antes, y murmuraba “¡Dios, ayuda!” cuando veía los dedos de su sobrino teñidos de yodo.

Iákov, como ya fue dicho, rehuía a sus compañeros. Sin embargo, había llegado a entablar una relación bastante íntima con uno de ellos, a quien veía con frecuencia, pese a que al terminar la universidad había ingresado en el servicio estatal, una tarea poco demandante. Para decirlo con sus propias palabras, el joven “se había encaramado” inescrupulosamente a la construcción del Templo del

Salvador sin tener, por supuesto, la más mínima idea sobre arquitectura. Extraño caso: este único amigo de Arátov, de apellido Kupfer –alemán a tal punto rusificado que no sabía una palabra de alemán e incluso podía usar el calificativo de “alemán” como insulto–, no tenía con él, en apariencia, nada en común. Era un joven de rizos negros y rojas mejillas, alegre y parlanchín, gran amante de la compañía femenina que tanto eludía Arátov. Kupfer desayunaba y almorzaba muy seguido en casa de su amigo, y por ser una persona de condición modesta incluso le pedía préstamos por pequeñas sumas de dinero. Pero no era eso lo que hacía que el desenvuelto alemancillo visitara asiduamente la apartada casita de la calle Shábolovka. Le agradaba la pureza de alma, “lo ideal” de Iákov, quizá porque eran cualidades opuestas a aquello que a diario encontraba y veía. Tal vez en la atracción que sobre él ejercía el joven idealista se manifestaba, a pesar de todo, su sangre germana.

A Iákov le gustaba la noble sinceridad de Kupfer. Y además, sus relatos sobre los teatros, los conciertos, los bailes que frecuentaba. Sin embargo, aunque ese mundo extraño, al cual no se decidía a entrar, interesaba e incluso emocionaba secretamente al joven anacoreta, no le despertaba el deseo de conocerlo por experiencia propia.

A Platosha el joven Kupfer le inspiraba compasión. Cierto es que a veces le parecía que se tomaba demasiadas confianzas, pero intuitivamente sentía y comprendía que estaba apegado con sinceridad a su querido Iasha, por lo cual, más que tolerar al alegre huésped, era bondadosa con él.

## II

Por aquella época se encontraba en Moscú cierta viuda, una princesa georgiana. Era un personaje difícil de definir, casi sospechoso. Tenía cerca de cuarenta años. En la juventud tal vez había florecido con esa singular belleza oriental que tan pronto se marchita. Por entonces se blanqueaba la cara, se coloreaba las mejillas y se teñía el pelo de amarillo. Sobre ella corrían rumores diversos, no del todo favorables y no muy claros. Nadie había conocido a su difunto esposo y en ninguna ciudad permanecía mucho tiempo. No tenía hijos, ni fortuna. Pero llevaba una vida opulenta a costa de endeudarse o de alguna otra manera. Tenía –como suele decirse– un salón, y recibía personajes de lo más variados, en su mayoría, jóvenes. Todo en su casa, desde su propio atavío, los muebles y las mesas hasta el coche y la servidumbre, daba la impresión de ser ordinario, falso, provisorio. Era evidente que la princesa no necesitaba algo mejor y, aparentemente, tampoco sus invitados.

La princesa tenía fama de ser amante de la música y la literatura, protectora de artistas y pintores. Y en realidad se interesaba por todas esas “cuestiones” con un grado de exaltación no del todo afectada. Era claro que latía en ella la vena estética. Además, era muy accesible en el trato, encantadora, sin vanidad ni remilgos, y –lo que muchos no adivinaban– era en esencia muy noble, tierna de corazón e indulgente. Cualidades raras y por eso aún más apreciadas en personas de esa clase. “Mujer hueca, pero al cielo irá sin duda, porque todo lo perdona y a ella todo se le perdona”, dijo de la princesa un sujeto inteligente. De

ella se rumoreaba también que cuando desaparecía de alguna ciudad dejaba tantos acreedores como personas a las que había beneficiado: un corazón blando se inclina en cualquier dirección.

Kupfer, como era de esperar, recaló en la casa de la princesa y llegó a ser íntimo de ella. Demasiado íntimo, afirmaban las malas lenguas. Él mismo, cuando se refería a esa mujer, no lo hacía sólo amistosamente sino también con respeto. La alababa y la llamaba “mujer de oro” –un mote que podía interpretarse de diversas maneras–, y creía firmemente que ella amaba y comprendía el arte. He aquí que una vez, después del almuerzo en casa de Arátov, habló sobre la princesa y sus fiestas y trató de convencer a Iákov para que interrumpiera al menos por una vez su vida de anacoreta y permitiera que él, Kupfer, lo presentara a su amiga. Al principio Iákov no quiso escucharlo.

–Pero ¿qué crees? –exclamó Kupfer–. ¿De qué clase de presentación crees que hablo? Simplemente te sacaré de aquí así como estás, de levita, y te llevaré a la fiesta. ¡Ninguna clase de etiqueta se observa allí! Eres hombre de ciencia y amas la literatura y la música. (Arátov, en efecto, tenía en el gabinete un piano vertical en el que de vez en cuando tocaba acordes de séptima disminuida.) Y en casa de la princesa hay de todo esto en gran cantidad. Encontrarás gente simpática, sin ninguna pretensión. Además, no es posible que a tu edad, con tu aspecto –Arátov bajó los ojos e hizo un ademán–, sí, sí, con tu aspecto, te alejes tanto de la compañía de los demás. ¡Si no te estoy llevando a ver generales! Yo, además, generales no conozco. ¡No te empecines, querido! La moral es algo bueno, respetable, pero



¿para qué darse al ascetismo? ¡No te estás preparando para el monasterio!

Arátov, sin embargo, seguía empeinado. En ayuda de Kupfer acudió Platonida Ivánovna. Aunque no entendía muy bien el significado de esa palabra, “ascetismo”, estuvo de acuerdo en que a Iáshenka no le sentaría mal distraerse, ver gente y mostrarse.

–Tanto más –agregó– cuanto que no dudo de Fiódor Fiódorich. ¡No te llevará a un mal lugar!

–¡Se lo devolveré en toda su inocencia! –se apresuró a exclamar Kupfer, a quien Platonida Ivánovna, a pesar de su confianza, dirigía miradas intranquilas. Arátov se ruborizó hasta las orejas. Pero dejó de replicar.

El asunto terminó en que al día siguiente Kupfer lo llevó a la fiesta de la princesa. Arátov se quedó poco tiempo. En primer lugar, porque se encontró allí con otros veinte invitados, hombres y mujeres, digamos que simpáticos, pero aun así extraños. Y eso lo cohibió, aunque no tuvo que hablar mucho, que era lo que más temía. En segundo lugar, no le agradó la dueña de casa, a pesar de que lo recibió con mucha alegría y sencillez. Nada en ella le pareció agradable: el rostro coloreado, los rizos abultados, la voz algo ronca y melosa, la risa chillona, la manera de revolear los ojos exageradamente, el escote excesivo y ¡esos dedos blandos y brillantes, llenos de anillos!

Desde un rincón, Arátov paseaba la mirada por las caras de los invitados, sin diferenciarlos siquiera, o bien miraba obstinadamente hacia abajo. Cuando al fin un artista de rostro enjuto y cabellos muy largos, con un monóculo bajo la ceja fruncida, se sentó al piano y –golpeando con ímpetu

las teclas y los pedales– comenzó a frangollar una fantasía de Liszt sobre temas de Wagner, Arátov no aguantó y se escabulló, sintiendo en el alma una indefinida y penosa impresión, a través de la cual, no obstante, brotaba algo incomprensible, pero significativo e incluso inquietante.

### III

Al día siguiente Kupfer llegó a la hora del almuerzo. No se refirió demasiado a la noche anterior, ni siquiera reprochó a Arátov su apresurada huida. Solo lamentó que no hubiera esperado hasta la cena, después de la cual sirvieron champagne (de Nizhni Nóvgorod, cabe destacar). Sin duda Kupfer comprendía que la idea de entusiasmar a su amigo había sido inútil. Decididamente, Arátov no era la persona “adecuada” para esa clase de gente y esa forma de vida. Iákov, por su parte, tampoco habló de la princesa y de la noche anterior. Platonida Ivánovna no sabía si alegrarse por el fracaso de ese primer intento o lamentarlo. Por fin decidió que la salud de Iasha podía resentirse a causa de esa clase de salidas y se tranquilizó. Kupfer se fue en cuanto terminó el almuerzo y no se lo vio en toda la semana. No porque estuviera enfadado con Arátov, para quien su recomendación había resultado un fiasco –el buen joven era incapaz de algo así–, sino porque evidentemente había encontrado alguna ocupación que absorbía todo su tiempo, todos sus pensamientos. A partir de entonces, cuando raramente aparecía en casa de los Arátov, tenía un aspecto distraído, hablaba poco y se iba pronto.